

Jaime Santamaría de la Torre

EL ÚLTIMO AMANECER

(ESCENA FINAL III)

AVANCE PROMOCIONAL

JST Ed.

“Reservados todos los derechos. De conformidad con lo dispuesto en el Código Penal vigente del Estado Español, podrán ser castigados con penas de multa y privación de libertad quienes reprodujeran o plagiaran, en todo o en parte, una obra literaria, artística, o científica fijada en cualquier tipo de soporte sin la preceptiva autorización del titular de los derechos”.

Primera edición, septiembre, 2010

© Jaime Santamaría de la Torre, 2008

Edición, diseño, maquetación: © Jaime Santamaría de la Torre, 2010 (JST Ed.)

Más información:

info@escenafinal.com

<http://galaxiabidena.es.tl>

I.S.B.N.: 978-84-614-3499-2

AVANCE PROMOCIONAL

INTERLUDIO

La Estación *Oasis de Manjhak*, ciudad espacial que los mapas estelares sitúan anclada en el cuadrante KL-78-00987-PP5 de la Marca de Clóbero, consistía en un vetusto complejo multiusos cual pecio varado en medio del océano. Remozada una y otra vez durante siglos en el epicentro de la ruta entre el Sistema Unisolar Imperial y el Sistema Mélgar, siempre ofreció su refugio y amparo a los cruceros espaciales que han cubierto esta vía desde tiempos inmemoriales.

Las antaño immaculadas plataformas de atraque, las ampulosas bodegas de almacenaje, los confortables apartamentos, los eficientes hábitats de ciclo cerrado para la subsistencia de sus colonos, los esterilizados laboratorios,..., en definitiva, hasta el último centímetro aprovechable de aquel oasis rebosaba trocado ahora en hacinado espacio donde poder dar cabida a los despojos que llegaban de la 1ª Flota y 2ª Flota, enviadas a contener el empuje de los eutos, raza opresora que había regresado del espacio profundo hacía más de un cuarto de siglo.

En un principio, los enfrentamientos contra las naves eutas tuvieron lugar en el cercano sistema bisolar hasta que un tiempo más tarde el Imperio consiguió trasladar el conflicto a la Marca de Clóbero, un vasto espacio vacío entre los dos sistemas solares. En una tercera etapa, la proximidad del planeta Durmón en su órbita elíptica propició el repliegue de las fuerzas de ambos bandos hacia el único planeta habitado del Sistema Mélgar en busca de refugio para sus agotadas y exiguas fuerzas.

Durmón, que en su día sobrevivió a la máxima expansión de su sol, asistía a la lánguida muerte cósmica del astro convertido en estos momentos en una enana blanca. Este mundo, de dimensiones similares a las de Dhrima o Nadin, acogía una importante población a lo ancho de su fértil franja tropical. Durante milenios había sido fuente inagotable de recursos naturales, esencialmente cuando el Imperio cimentó su era prenuclear en los combustibles fósiles antes de dominar la fusión como principal fuente de energía. Después de esta pérdida de exclusividad, Durmón consiguió que los hidrocarburos hicieran todavía dependientes a los habitantes del Imperio por ser el sostén de toda una industria de transformados aplicados a útiles de la vida diaria. Empero, las épocas de brillo y preeminencia de Durmón se habían apagado en favor de la alargada sombra de la capital del Imperio.

Los motores iónicos y las técnicas de suspensión vital permitieron establecer rutas regulares entre ambos mundos, rotas sólo en los momentos de crisis que habían jalonado sus reescritas historias tras el desmembramiento que produjo la Batalla de Magento, hito que barrió la civilización euta desarrollada en este rincón de la Galaxia Bidena. Ora los dictámenes de la religión oficial, ora la inviabilidad económica de reiniciar semejante empresa, toda exploración espacial más allá de sus fronteras había sido relegada a último término. El Imperio enmudeció aislado del resto del universo.

Durmón, pues, se aprestaba a alcanzar su conjunción inferior, momento en que la distancia respecto a Nadín era la menor posible. Esto había condicionado la partida de la 3ª Flota desde los astilleros espaciales de Nadín para un viaje más rápido y económico. Hasta esta anhelada llegada, Durmón sufría cruentas ofensivas que asolaban sus ciudades y desangraban a la población. La atmósfera hedía por las columnas de humo y destrucción que ascendían señalando las batallas perdidas a modo de tétricos hitos.

Se habían cortado las rutas hacia Nadín, pues, lo cual privaba al Imperio de recursos, si no vitales, sí imprescindibles.

Norman Jor, oficial de infantería curtido en los primeros combates librados en el sistema bisolar al que arribó hace años con la 1ª Flota, trataba ahora de abrirse paso entre la atribulada muchedumbre que atestaba los corredores principales y saturaba la abovedada plaza principal del *Oasis de Manjhak*. El lugar apestaba a axila apretujada y a las más variadas halitosis de bocas que hacía tiempo no probaban un bocado en condiciones. Le acompañaba un hombre pequeño e insignificante, inseparable los últimos días, y que se empeñaba en gritar constantemente a todo mundo:

—¡Apártense! ¡Dejen pasar a un veterano de guerra! —Su voz pugnaba por alzarse encima de aquel galimatías de refugiados, tripulantes sin nave y empleados de la Estación que vivían jornada tras jornada con la esperanza puesta en un pasaje para largarse a Nadín.

Jor apoyó la mano sobre su reciente *colega* (éste se le había presentado hacía una decena y desde entonces le seguía a todos sitios confiando en que su influencia le sirviera para colarle en el próximo convoy al corazón del Imperio) con ademán de indicarle que cesara en su vocerío. No se sentía cómodo esgrimiendo su mutilación ni su estatus como excusa para un trato especial.

Tras conseguir que se callara, deambularon como pudieron hasta uno de los gigantescos ventanales bajo la metálica crucería abovedada y junto a los cuales todo el mundo se racimaba expectante desde hacía varias jornadas. Utilizaban distintos instrumentos telescópicos o bien se quedaban hipnotizados ante las pantallas que ofrecían unas cada vez más nítidas imágenes del convoy que se acercaba. Norman buscó en su bolsillo el bote milagroso que contenía los analgésicos que aliviaban el dolor que todavía le provocaba el muñón dejado después de que le amputaran la pierna derecha hasta la altura de la ingle. Había conseguido atemperar en parte su mal genio y ya no se mostraba tan arisco con todo aquel que se acercaba. La prótesis ortopédica temporal que le habían adaptado, a la espera de una definitiva y diseñada a medida, era bastante rudimentaria y prácticamente había tenido que aprender a andar de nuevo, por ello en ocasiones su nuevo amigo le servía de improvisada muleta; un perfecto ejemplo de obligada simbiosis humana.

Los filtros de la estación espacial reciclaban el aire como podían y se reclamaba a gritos nuevos suministros de agua y oxígeno. Si eran necesarias 50 toneladas de biosfera por persona para hacer autosuficiente a una ciudad espacial, esta cifra había quedado muy lejos de cumplirse hacia tiempo. Un ambiente enrarecido recorría todas las esquinas, acrecentado más si cabe en aquel atiborrado lugar de encuentro.

Con las estrellas brillando sobre sus cabezas a través del cristal sintético reforzado, un silencio atenazaba incluso a los más intransigentes con aquella inhumana situación cuando perdían su mirada ante el espectáculo que atisbaban a unos cientos de miles de kilómetros de ellos: la 3^a Flota dejaba tras de sí el ecuador de su viaje y enfilaba la recta final camino de Durmón.

—¿Por qué no arriban las naves en la Estación? —gritó uno colérico.

—¡Estás ciego! ¿Acaso nos ves el rumbo que llevan? Lo que necesitamos es salir de aquí, pero en sentido contrario —refutó otro al primero.

—¡Vaya mierda de naves! ¡Son piezas de museo! No sé cómo se mantienen en pie. ¿Es ésa nuestra alternativa? —El comentario de este último ratificaba los temores de muchos respecto a la incapacidad del Imperio para mandar una flota que pudiera hacer frente en condiciones de mínima igualdad a los mejor equipados eutos.

—¡Vamos a morir enlatados como pescado en conserva!

La tensión se podía mascar y los últimos días abundaban las riñas y peleas iniciadas por causas nimias. La policía militar hacía horas extras con sus mermados efectivos esforzándose por evitar amotinamientos que hicieran colapsar aquella de por sí depauperada situación.

Una voz despertó de su ensimismamiento al capitán Jor:

—Perdone, capitán.

Se giró descubriendo a un joven suboficial que le saludaba marcialmente. El joven le había servido de enlace durante su estancia en el *Oasis de Manjhak*.

—¿Sí, sargento?

Le habló discretamente, requiriéndole mayor cercanía para que nadie les oyera.

—Señor, debo comunicarle que han sido cortadas todas las rutas con el planeta Nadín. Ningún transporte partirá como usted esperaba. —Jor escondió tras su rostro duro la frustración por oír aquello; no así su compungido acompañante—. Sin embargo,...

Parece que había un *sin embargo*.

—... un crucero de la 3^a Flota ha estacionado en una plataforma y creo que podría incluirse a bordo.

La mirada que dirigió al capitán parecía indicar a las claras que contaba con un único billete y no era de ida precisamente, sino de vuelta a Durmón.

Jor meditó en silencio por espacio de unos segundos mientras los gritos cargados de impotencia se recrudecían en la Plaza Central y las fuerzas del orden intervenían para desalojar a todo el mundo. Evitar el disturbio era tarea del todo imposible porque los forcejeos y la crispación derivaron en un sinfín de peleas donde se desataba un torrente de pavor y frustración acumulados.

Entre empujones, Jor consiguió salir del lugar a través de un pasillo lateral. No quedaba otra alternativa aunque ésta fuera estrecharse en la sentina, por lo que debía ser considerado como un privilegio valioso.

—De acuerdo —asintió el capitán—. Y a ti te recomiendo que hagas lo mismo —le ofreció a su inseparable sombra—. No me quedaría en esta olla a presión.

»Donde cabe uno, seguro que caben dos, ¿verdad? —le preguntó al suboficial no esperando que le contestara.

El pequeño hombre, ante esa invitación, descargó desconsolado todo el peso sobre sus abatidos hombros. Muy a su pesar, aprovecharía esa última oportunidad y se marcharía. En su fuero interno se consolaba diciendo que daba lo mismo morir allí que en Durmón. Tan sólo se dilataría el *cuándo*. La autocompasión seguiría siendo su fiel compañera de viaje.

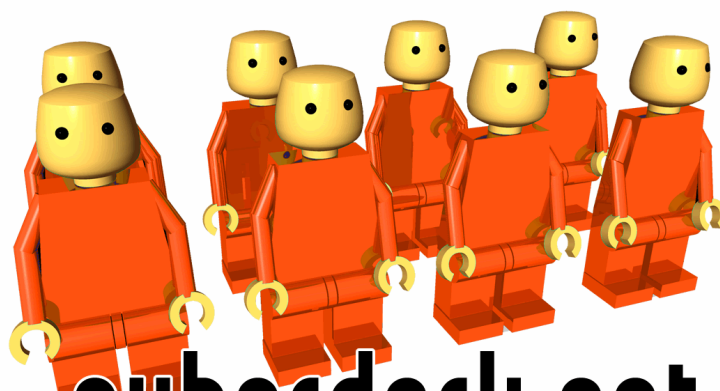
AVANCE PROMOCIONAL

TRILOGÍA ESCENA FINAL

* SOL DE OTRO MUNDO

* FALSO PODER

* EL ÚLTIMO AMANECER



cyberdark.net
librería especializada en literatura fantástica